

gen de esta órden, que sin haber tenido tantos adelantos como otras muchas, se ha conservado sin embargo hasta nuestros dias.

La segunda congregacion religiosa que tuvo su origen en el siglo XIV. es la de los *Jesuitos*. Diósele este nombre, porque los que la componian en los principios tenian continuamente el nombre de Jesus en la boca. Juan Colombino, ciudadano de Sena, fué su fundador. Este era un hombre muy interesado, que no amaba mas que el dinero, y que ponía toda especie de medios para juntarlo. Escríbese que un dia volviendo á su casa á comer no encontró nada dispuesto, lo que le irritó sobre manera: su muger que era muy piadosa, le dió un libro para entreternerlo entre tanto que disponia la comida: al principio lo tiró al suelo; pero sosegado un poco, lo volvió á coger, y lo abrió, y vió que era de vidas de santos. Habiendo dado en la vida de santa María Egipcíaca, tocado de las virtudes de esta admirable penitente volvió sobre sí, y resolvió desde aquel instante hacer vida mas christiana. Inmediatamente poniendo manos á la obra dexó los medios ilícitos de que se habia valido hasta entónces para enriquecerse; dió grandes limosnas, oró mucho, ayunó y castigó su cuerpo con maceraciones y penitencia. Su muger que hacia mucho tiempo que pedia á Dios su conversion, apoyó estos felices principios con sus exhortaciones y exemplo. Por último, despues de la muerte de un hijo á quien amaban tiernamente, y la profesion de una hija que abrazó la vida religiosa, se separaron los dos esposos para consagrarse al servicio de Dios.

Entónces Juan Colombino vendió toda su hacienda, y distribuyó su precio á los pobres. Reducido él á pobreza con este desapropiamiento voluntario, anduvo las ciudades y pueblos de Toscana predicando penitencia, y exhortando á los pecadores á mudar de vida por el temor del juicio de Dios. Al principio no tuvo mas que un compañero, llamado Francisco Vincenti, ciudadano de Sena como él; pero algun tiempo despues contó mas de 60 discípulos. La vida errante que llevaban, y la singularidad de su trage hizo sospechar no fuesen estas buenas gentes alguna rama de las sectas fanáticas que inficionaban entónces la Alemania y la Italia. El papa Urbano V., á quien se presentó Colombino con sus compañeros el

año 1367, los hizo exâminar sobre la fe y las costumbres. Habiendo hallado que su doctrina era pura, y su conducta exemplar, aprobó Urbano su instituto, y les vistió el mismo el hábito que habian de llevar. Este era una túnica blanca con una capucha del mismo color y una capa parda. La regla que tomaron fué la de san Agustin. Juan Colombino murió el mismo año; y el martirologio romano hace memoria de este piadoso fundador el último dia de Julio. La congregacion de los jesuitos la suprimió el año 1668 el papa Clemente IX., despues de haber subsistido en la Iglesia por 300 años.

ARTICULO XII.

Estado de las letras y de las ciencias en Occidente en el siglo XIV: escritores eclesiásticos que florecieron en este tiempo.

El siglo XIV. ocupa en algun modo el medio entre los tiempos de ignorancia, y aquellos en que la luz de las letras disipó poco á poco las tinieblas que cubrian todavía una parte de la Europa. Mas esclarecido este siglo que el XIII. anunciaba, aunque débilmente, la claridad que habia de empezar á extenderse luego que las ciencias y artes, echadas de Constantinopla por nuevos conquistadores, se refugiaban en Italia, en donde príncipes generosos las recibirían con distincion, y harian quanto estuviese de su parte para hacerles olvidar su antigua patria. La fermentacion que se habia excitado en los ánimos hacia algun tiempo, y los esfuerzos que ponian para acercarse hácia los verdaderos principios de la literatura y del gusto, cuyos vestigios se habian perdido, iban en aumento cada dia mas. Habia en las almas un fondo de inquietud, ó por mejor decir, un impulso de actividad, que se descubria en toda especie, y que se dirigia á destruir los obstáculos que la ignorancia y las preocupaciones oponian á los progresos de la razon. Es verdad que estos no eran todavía mas que unos movimientos ciegos y sin regla; pero tambien es cierto que preparaban una revolucion, que no tardó mucho en efectuarse, y que poco á poco ha conducido las artes y letras á los felices tiempos que veremos salir despues.

Muchas causas reunidas son las que han hecho tan lentos los progresos del entendimiento humano, y tan tardos en la carrera de las ciencias, que los antiguos eran casi desconocidos. Los que los estudiaban, en muy corto número, no buscaban en sus escritos mas que una vana erudición, la que ostentaban con fausto y sin eleccion. Nadie cuidaba de aprender en ellos las verdaderas reglas del buen gusto en ningun género de composicion, ni de tomarlos por modelos, ya para el fondo de las cosas, ya para el orden y enlace de las ideas, ó para el modo de explicarlas. Caminábase sin guía, y como si dixesemos á tientas, por caminos desconocidos. No se seguia mas que un instinto ciego, una imaginación mal dirigida, y por consiguiente no se daban sino pasos inciertos, extraviándose casi siempre. De ahí aquellas freqüentes digresiones, aquella desigualdad enfadosa, aquel amontonamiento de objetos mal ordenados, y aquella transicion continua de una materia á otra absolutamente opuesta, que á cada paso se advierte en las producciones mas apreciables de este siglo. Pero donde principalmente hay lugar de hacer esta reflexión es en las obras del Dante. En ellas se ven brillar mil travesuras de ingenio; pero al lado de los pasages mas admirables, ya por la hermosura de los pensamientos, ya por la fuerza ó gracia de la expresion, causa novedad encontrar ideas falsas, gigantescas y ridículas, pensamientos arrojados y pinturas pesadas. De este modo se pasa sin cesar con el poeta de lo sublime á lo baxo y trivial; de suerte que cuesta trabajo persuadirse que un mismo ingenio haya podido producir cosas tan disparatadas, y no hechas para ballarse juntas en una misma obra. Lo mismo con corta diferencia pudieramos decir del Petrarca, aunque por lo general hay mas gusto en sus producciones, mas orden y eleccion en sus ideas, y mas elegancia y correccion en el modo de pintar los pensamientos. Igualmente se percibe leyéndolo, que el arte estaba todavía en su infancia, y que poco seguro en su carrera, le faltaba, así vigor para sostener sus esfuerzos, como reglas para conducirse en los caminos que se iba abriendo.

Las reliquias de la barbarie se dexaban conocer mucho mas todavía en las ciencias sujetas á raciocinio como la filosofía y teología, que no en las especies que dependen mas de la imaginacion y de las impresiones mas ó ménos

vivas que hacen en ella los objetos sensibles. La filosofía y teología estaban, si se puede hablar así, abandonadas á los escolásticos, que casi todos eran religiosos mendicantes, desde que los dominicos y franciscanos se habian entrado en las universidades por el favor de los papas, y dominaban en ellas. Su modo de enseñar estas dos ciencias se hizo la regla de todos los que seguian la misma carrera. Sus opiniones se establecieron en las escuelas, y pusieron en discordia los ánimos. Cada profesor acreditado tenia parciales en grande número, que miraban como obligacion y punto de honra preferir su método y opiniones á las de todos los demas, y que no omitian medio ninguno para hacerlas prevalecer. Disputando de este modo los estudiantes entre sí en favor de las opiniones de sus maestros, formaban en algun modo bandos contrarios, que entraban en la lid baxo de caudillos famosos, y que peleaban con un enardecimiento extraordinario, como si fuesen naciones rivales que se hiciesen guerra para saber qual de las dos habia de estar sujeta á la otra. Dos partidos numerosos y fuertes dividieron las escuelas, y las turbaron con sus fervorosas disputas. El primero habia adoptado las opiniones de santo Tomas acerca de varias quëstiones de filosofía y de teología que se agitaban entónces; y se llamaba *tomistas* á los que lo formaban. El segundo por lo contrario, caminando baxo las banderas de Juan Escoto, habia abrazado opiniones de todo punto diferentes; y los de este partido se llamaban *escotistas*. Ademas de esto habia el partido de los *nominales*; cuyo caudillo era Guillermo Ockam, que pretendia que todos los objetos que conocemos no se diferencian mas que en el nombre; y el partido de los *realistas*, que defendian que las cosas son distintas entre sí por señales reales y inherentes.

Estos varios partidos formaban como otras tantas sectas, encarnizadas unas contra otras. Sus disputas no se reducian solo á turbar la paz de las escuelas, sino que por lo regular salian fuera: de los argumentos se pasaba á las injurias, de las injurias á los golpes, y mas de una vez llegaron á punto las cosas de causar sobresalto, y de inquietar al gobierno. Exceptuando el furor de los hereges, no ha habido rencores semejantes á los que

produjeron las disputas escolásticas, cuyo objeto no era por lo comun de ninguna importancia, ni para la religion, ni para las letras. Por lo demas, el método que se usaba para la enseñanza pública era el que los teólogos anteriores á santo Tomas habian introducido, y que este insigne doctor habia perfeccionado. Era el mismo órden tecnico, los mismos procederes, el mismo lenguaje y el mismo estilo, algo de aridez, poco órden de ideas, y mucha sutileza. Esta última qualidad era la que se apreciaba mas en las disputas y escritos, y en la que aspiraban á distinguirse con mas anhelo maestros y discípulos; y así los apasionados á Juan Escoto no hallaron título mas glorioso que darle que el de *doctor sutil*.

En estos diferentes partidos que disputaban entre sí el imperio de las escuelas, la curiosidad, ó por mejor decir, la libertad de proponer y de agitar toda especie de cuestiones se llevaba hasta el extremo. En este punto no conocia límites la intemperancia del entendimiento humano. Basta recorrer los numerosos volúmenes que han producido las plumas infatigables de los teólogos de este siglo, para convencerse de la verdad de esta observacion. Baxo de cada título y casi en cada página se encuentran las aserciones mas extrañas, por no decir nada mas. Lo que mas debe admirar es, por cuán importante se tenia el exámen, ó por mejor decir, el debate de estas cuestiones, la mayor parte ridículas, ó á lo ménos de todo punto inútiles; en las que no se escaseaba, ni la fuerza de los racionios, ni el aparato de erudicion, ni de autoridades. No se aplicaban con tanto cuidado y interes á descubrir las pruebas del dogma; y aun muchas veces se dexaba la prueba de las verdades mas esenciales, por detenerse en cuestiones pueriles, cuyo exámen se trataba como lo mas grave y mas serio de la ciencia de la religion.

En quanto á los sermones y comentarios sobre la sagrada Escritura seguia, poco mas ó ménos, el mismo gusto y estilo del siglo antecedente. Siempre se gustaba de las alegorías y de las explicaciones singulares, atormentándose por encontrar relaciones entre unas cosas que no se habian hecho para ser comparadas. Sin embargo se empezaba á leer los padres, y á juzgar que sus obras eran las

fuentes puras adonde debian acudir los intérpretes y predicadores á beber el verdadero sentido de la palabra de Dios. Conocióse tambien la importancia de las lenguas orientales, sobre todo de la hebrea, y la necesidad de estudiarlas. El concilio general de Viena aprobó una constitucion, por la qual mandaba Urbano V. que se estableciesen dos cátedras de lengua hebrea, dos de árabe y dos de chaldeo en las universidades de Bolonia, París, Salamanca y Oxford, y en qualquiera parage donde residiese la corte romana. Este nuevo objeto de emulacion propuesto á los sabios produjo con el tiempo mucha utilidad, y puso á los doctores católicos en disposicion de defender nuestros dogmas contra los hereges de los siglos siguientes, que se armaron para acometerlos con los mayores sofismas.

La Historia se continuaba tratando del mismo modo y con los mismos defectos, tanto en la eleccion de los hechos, como en el modo de referirlos. Por un lado la credulidad excesiva de los sugetos mas instruidos, y por otro las preocupaciones de partido cubrian la verdad con unas nubes tan densas, que no podía limpiarla de ellas la poca crítica que entónces habia. No alcanza, pues, ninguna precaucion para leer lo que se ha escrito en este siglo sobre los sucesos generales y particulares, y principalmente desde la traslacion de la corte romana á Aviñon, y todavía mas desde el origen del gran cisma. Antes de dar crédito á lo que cuenta un historiador, se necesita examinar en qué parage habitaba, baxo de qué obediencia vivia, el crédito que tenia en uno ú otro partido, las injurias ó beneficios que él y los suyos habian recibido de los que mandaban, para hacerse cargo de los motivos que podía tener para alabar ó censurar (a).

(a) Sin embargo de lo que dice el autor del estado de la historia en este siglo, en España fué el siglo de su verdadero origen, si se puede decir así; pues el rey don Alonso XI. dispuso que se compusiesen las crónicas de cada rey, y en efecto se escribieron las de san Fernando, de Don Alonso el sabio, de Don Sancho el Bravo, de Don Fernando IV., y del mismo Don Alonso XI., atribuidas á Fernan Sanchez de Tobar. Pero quien mas sobresalió en este género fué Don Pedro Lopez de Ayala, que aunque murió entrado el siglo XV., floreció en el XIV. y pertenece á este. Compuso las crónicas de los reyes Don Pedro, Don Henrique II., Don Juan I. y Don Henrique III.; de las quales las tres primeras se imprimieron, pero no la última. No falta quien dice que la del rey Don

Los griegos escribían todavía con gusto y pureza. Si las obras que nos han dexado, en punto de historia particularmente, están desfiguradas con rasgos de sátira y de parcialidad, de que era un manantial inagotable su envejecido odio contra los latinos; son por lo ménos muy agradables y muy apetecibles por la parte del estilo, y por cierta cultura florida, que no habían llegado á perder ni con la servidumbre, ni con las calamidades públicas. No hay tampoco ninguna, hasta los escritos polémicos, ocasionados por sus desavenencias con la iglesia latina y por la disputa tan reñida que se movió entre los nuevos espirituales y sus contrarios, que no se lea con algun gusto: tanta era la dulzura y elegancia que conservaba en su pluma el instrumento de que se valían. Los emperadores de Cons-

Y obam omium los obustati ressuminos de Frobenius
 Pedro es poco verídica, por haber sido Ayala su enemigo declarado, y afecto á Don Henrique II., y que es mucho mas exacta la que del mismo rey escribió Don Juan de Castro, obispo de Jaén, bien que por ser contra Henrique andaba como oculta. De este sentir es Don Francisco de Castilla, escritor del siglo XVI., asegurando que los castigos que Don Pedro hizo, y le acarrearon la nota de cruel, eran bien merecidos, como constaba de la crónica del obispo de Jaén. Sea lo que se fuese, lo cierto es que las crónicas de Don Pedro Lopez de Ayala son muy estimables por su antigüedad y por la pureza de la lengua castellana; y en este lugar merece particular memoria por haber traducido varias obras eclesiásticas, como los *mórales de san Gregorio*; el libro de san Isidoro *de summo bono*; y el *de consolations* de Boecio. También tradujo la historia de Tito Livio. Véase á Don Nicolas Antonio en el siglo XIV. de su bibliotec. vet. y á Sarmiento en las memorias históricas para la poesía, pág. 323.

No contribuyeron ménos á aumentar los primores de nuestra lengua en este siglo dos príncipes españoles, el uno soberano, y el otro infante. Fueron estos Don Alonso XI., y el príncipe Don Juan Manuel, hijo del infante Don Juan Manuel, y nieto del santo rey Don Fernando: el primero mandó componer el libro llamado *Becerro*, que es un registro de los hidalgos, nobles, &c. que poseían tierras en las merindades de Castilla; y fué autor del otro libro de la *montería*, en que pone una descripción puntual de los montes propios para la caza, con las reglas para la enseñanza y elección de los perros. El segundo escribió muchas obras en verso y en prosa; y entre éstas es muy notable el libro del *conde Lucanor*, especie de novela para la instrucción de los reyes y de los príncipes, que dió á luz Argote de Molina con la vida del autor. Esta obra y la del libro de la montería de Don Alonso XI. adornaron mucho la lengua castellana, como dice la real academia española en el prólogo de su gramática; y hacen ver que no solo los italianos, según asienta Ducreux mas abaxo, sino también los españoles trabajaban en extender y perfeccionar su idioma, y que quando sus príncipes cultivaban tan felizmente las letras, es muy natural que no las desdénase la nación.

tantinopla cultivaron las letras en medio de los desastres que desolaban el imperio; y los nombres del viejo Andrónico, de Juan Cantacuzeno y de Juan Paleólogo adornan la lista de los escritores que mas se distinguieron entre los griegos en los tiempos de que vamos hablando. Los italianos se aplicaron á perfeccionar su lengua, que naturalmente tenía mucha gracia y flexibilidad. En las obras del Dante hay trozos de una eloqüencia y grandeza admirable. Todo lo que ha escrito el Petrarca es delicado, xugoso y fluido, sin que tenga otra cosa reprehensible que la demasiada afectacion de entendimiento, pensamientos arrojados y afectos que salen de lo natural. La prosa ingeniosa de Bocaccio no la ha obscurecido nada de quanto despues de él han escrito mejor sus compatriotas. La lengua francesa estaba todavía muy léjos de esta perfeccion, y no se podía llamar lengua, siendo así que la italiana producía obras dignas de pasar á la posteridad.

La ciencia del derecho canónico y civil se cultivó en este siglo con mas adelantamiento que todas las demas. Aunque todavía se recibían por ley las antiguas decretales, fabricadas en los tiempos de ignorancia, se empezaban sin embargo á examinar con mas escrupulo, y aun había algunas veces la osadía de compararlas con las reglas del derecho comun para explicarlas. Las pretensiones y autoridad de los papas llevadas al extremo, las contiendas con los emperadores y reyes, la oposicion de los dos pontífices que se veían á un mismo tiempo en la cátedra de san Pedro, y las questões que por los errores de los nuevos sectarios, enemigos todos de la autoridad pontificia, hubo que examinar; dieron motivo á una infinidad de escritos acerca de estas materias importantes. Los que se propusieron este estudio por objeto principal, recurrian algunas veces á los monumentos de la antigüedad eclesiástica para encontrar en ellos noticias que los escritores de su tiempo y de los inmediatos no podían suministrarles. De esta suerte descubrian de tiempo en tiempo algunas huellas de las verdades antiguas que los guiaban á otras, y algunos principios claros que servían para alumbrarlos en medio de las tinieblas que todavía los rodeaban; pero estas débiles luces se desvanecían muy pronto, y los mejores ingenios eran arrasados de nuevo por el torrente de las opiniones que habían sujetado á todos los pueblos.

Hechas estas observaciones preliminares, pasamos á dar noticia de algunos de los escritores eclesiásticos que han ganado crédito en este siglo. Detendrémonos en los que son mas dignos de ser conocidos, ya por la naturaleza de su talento, ya por la especie de sus obras, y ya en fin por lo que han influido en las opiniones y modo de pensar de los demas hombres.

Ya hemos hecho mencion de Juan Escoto, escocés, y de Guillelmo de Ockam, ingles, ambos de la orden de san Francisco, teólogos célebres en su tiempo, tanto que al primero se dió el titulo de doctor sutil, y al segundo el de doctor singular; pero uno y otro olvidados en el dia de hoy, á lo ménos respecto de sus obras, cuya lectura seria una carga tan penosa como inútil. Con motivo de estos doctores haremos solamente dos advertencias: la 1.^a que Juan Escoto pasa por autor de la piadosa opinion de la immaculada Concepcion de nuestra Señora, adoptada despues por la facultad de teología de París, y recibida en todas las iglesias del mundo christiano como fundada en razones de conveniencia, que casi no permiten dudar que la madre de Jesu-Christo no haya sido honrada con este glorioso privilegio entre todos los hijos de Adan: la 2.^a que Guillelmo Ockam fué uno de los mas acérrimos defensores de la potestad secular y de la autoridad de los príncipes contra las tentativas de los papas; que se declaró por el emperador Luis de Baviera; que escribió en defensa de la causa de este príncipe, que era la de todos los reyes; y que murió excomulgado por el papa Juan XXII.

Otro franciscano no ménos famoso en los tiempos de que hablamos es él célebre Raymundo Lulio, natural de Mallorca, donde nació el año 1336 de familia ilustre, originaria de Cataluña. Este varon singular, qual jamas lo hubo, entró en la religion de los padres menores á la edad de 40 años, despues de haber vivido hasta entónces en la corte del príncipe de Mallorca. Inmediatamente se dedicó con seriedad al estudio, siendo las lenguas orientales y las ciencias sujetas á raciocinio el objeto de su aplicacion. En ellas hizo maravillosos progresos, y inventó un método nuevo de enseñar que juzgaba superior á quanto se habia propuesto hasta él. Toda su vida la ocupó en hacer viages por todas partes de Europa para hacer prosélitos, y introducir su sistema en las escuelas; pero en todas partes se le

negó constantemente la licencia de enseñar en público sus principios. Los papas Honorio IV., Bonifacio VIII. y Clemente V., á quien propuso su método, lo reprobaron sucesivamente, ya porque no alcanzasen las ideas singulares de este reformador de las ciencias, ya porque las encontrasen perjudiciales á la fé, ó poco útiles para las letras. Desazonado de este mal éxito, resolvió Raymundo Lulio dedicarse á la conversion de los mahometanos, á cuyo fin emprendió muchos viages á Africa; y tuvo, segun dicen, no pocas conferencias con los doctores del Eslamismo. Tambien pretenden que murió en uno de estos viages á los 80 años de edad del mal tratamiento que habia recibido de parte de los infieles; lo que ha dado motivo á que algunos lo tengan por mártir. El decidir del mérito de sus intenciones es difícil. Sus escritos son tan oscuros, y su modo de explicar sus ideas tan extraordinario, que no se puede decir si es digno de tantos elogios ó vituperios como sus parciales y contrarios le han dado. Quizá la extravagancia singular de su entendimiento y de su estilo ha impedido que se penetrase su pensamiento, y no se aprovechase lo bueno que podia tener. Tambien quizá la inclinacion que tenia á la química y los progresos que hizo en ella perjudicaron á su reputacion, porque la preocupacion no era favorable á los que profesaban alguna ciencia llena de misterios y encerrada en una algarabía ininteligible. Como no se podia creer que sus operaciones fuesen naturales, se sospechaba por lo regular algo de magia en ellas (a).

Entre los defensores de la potestad pontificia considerada en toda la extension que los papas y la corte romana procuraban darle, hay dos que no debemos omitir para dar

(a) No salimos por defensores del arte Luliano, aunque no le faltan; pero si decimos con toda seguridad que Raymundo Lulio fué uno de los mayores ingenios del orbe literario, que poseyó conocimientos vastísimos, y que á pesar de los defectos de su tiempo contribuyó á mejorar la filosofia, á excitar el estudio de las lenguas orientales, y á sacudir quizá el primero el yugo del escolasticismo; siendo de notar que en donde encontró mas obstáculos su reforma, solo porque era nueva y se desviaba de esté, fué en la célebre universidad de París, sin embargo de que por otra parte confesaba que contenia cosas muy altas y verdaderas. Así lo dice Juan Gerson, de quien tomó la noticia Don Nicolas Antonio: y en el tomo 2.º de su biblioteca antigua trae las innumerables obras de que fué autor Lulio, las quales no nos permite extractar la brevedad. Baste advertir que abrazan todas las partes de la filosofia, la lógica, la fisica, la metafisica; que otras son de medicina, otras de química, otras de filologia, &c.

á conocer mas y mas hasta qué extremo llegaban las cosas en este punto. El primero de estos escritores es Agustin Trioufe, de la orden de los ermitaños de san Agustin, que se presentó con lucimiento en el concilio general de Leon el año 1274, y que vivió hasta el de 1328. El segundo es Alvaro Pelagio, de la orden de los padres menores, que llegó á ser obispo de Yelves en Portugal por mediacion del papa Juan XXII., cuya defensa tomó contra Miguel de Cesena y los otros cismáticos de su orden. Uno y otro han sentado las proposiciones mas arrojadas acerca de la naturaleza y extension de la potestad pontificia. Si se le ha de dar oidos, esta potestad es la única que se deriva inmediatamente de Dios; es sacerdotal y real, porque el papa ocupa el lugar de Jesu-Christo, que era sacerdote y rey; abraza todas las naciones, sin exceptuar príncipes ni reyes. El papa es el único esposo de la Iglesia: tiene la jurisdiccion inmediata sobre todas las diócesis, porque el poder de los obispos dimana inmediatamente de él; tiene facultad para castigar á los tiranos y príncipes malos, aun con penas temporales, haciendo predicar contra ellos cruzadas. No se puede apelar de sus sentencias al concilio general; y á él toca hacer en toda la Iglesia, por sí ó por sus delegados, lo que cada obispo hace en su diócesis. Los dos escritores de quien vamos hablando defienden todas estas proposiciones y otras muchas semejantes como otras tantas verdades de que no es lícito dudar. Lo mas particular es que Alvaro Pelagio ha introducido esta doctrina en una obra cuyo objeto es exponer los males de la Iglesia, y señalar su remedio. ¿Pues cómo no veia que uno de estos males, y el mayor quizá eran los zelos de la autoridad que se habian formado entre los pontífices y los soberanos temporales, y que el verdadero remedio de este mal, principio de otros infinitos, era reducir las dos potestades á los límites que la misma religion habia establecido?

Si la potestad pontificia tuvo defensores y apologistas en este siglo, no careció de ellos la de los reyes. Uno de los mas célebres es Marsilio de Padua. Este jurisconsulto defendió con vigor los intereses del emperador Luis de Baviera contra los papas. Compuso en defensa de este príncipe una obra muy erudita, que intituló *el defensor de la paz*. Divídela en tres partes: en la 1.^a establece las

señales propias y distintivas de la autoridad civil y temporal, manifestando su objeto, extension y límites. En la 2.^a hace ver cuál es la naturaleza de la potestad eclesiástica, á qué se extiende, cuáles son sus efectos, y en qué se diferencia de la autoridad civil. Allí defiende que la Iglesia no tiene, propiamente hablando, jurisdiccion coactiva; que todos los apóstoles eran iguales en potestad; que todos los obispos reciben inmediatamente de Dios su autoridad esencial; que el concilio general es el supremo juez en la Iglesia, &c. Despues manifiesta cómo han excedido los papas de los límites de su poder, tanto en lo temporal como en lo espiritual; y concluye esta 2.^a parte respondiendo á las objeciones de sus contrarios, y á los pasages, ya de la Escritura, ya de los padres, que acostumbraban alegar en sus escritos en favor de los papas. La 3.^a y última parte la emplea en sacar las conclusiones que resultan de los principios establecidos en las otras dos. Entre estas conseqüencias hay muchas que no se pueden defender sin desviarse de la verdad; lo que prueba que en una materia tan delicada es difícil no salir de los límites debidos; y que para contenerse en ellos es necesario tener ideas muy precisas y muy claras sobre todos los puntos que se intentan exâminar.

Nicolao de Lira es uno de los escritores mas sólidos que en este siglo ha producido la orden de san Francisco. Nació hácia fines del siglo antecedente en una ciudad pequeña de Normandía, cuyo nombre temó. Sus padres eran judíos, y los primeros estudios los tuvo al lado de los rabinos; pero habiéndose convertido, y á porque llegase á descubrir la falsedad del judaismo por sus propias investigaciones, ó ayudado de las luces de algun otro, abrazó la regla de san Francisco, y profesó en el convento de Verneuil hácia el año 1292. Despues vino á París, en donde se le recibió por doctor; y habiéndose establecido allí, explicó mucho tiempo la sagrada Escritura en el convento mayor de su orden. La lengua hebrea que habia estudiado desde su niñez, le sirvió mucho para descubrir el sentido literal, de que se hacia muy poco caso en su tiempo. Este doctor no tuvo toda su vida otro objeto en sus estudios, que la explicacion de la Escritura; por lo que ocupa un lu-

gar muy distinguido entre los buenos intérpretes, cuyos escritos se nos han conservado. Compuso dos obras sobre los libros sagrados; la 1.^a es una coleccion de breves notas, ó segun el language de entónces, de apostillas sobre el texto sagrado; la 2.^a un comentario mas extenso sobre todos los libros del viejo y nuevo testamento. En estas dos obras se advierte que el autor habia hecho un grande estudio en la lengua original de la sagrada Escritura, y que habia bebido en los comentarios de los rabinos todo lo mejor que encontró para enriquecer los suyos. Nicolao de Lira murió el año 1340, y fué enterrado en el convento mayor de los Franciscanos de París, donde todavía se ve su epitafio.

Entre los escritores de este siglo, que han escrito acerca de mística, escogerémos dos, cuyas obras tuvieron mucho crédito en su tiempo, para dar á conocer el modo como se trataban entónces estas materias. Juan de Rusbraek, llamado comunmente Juan Rusbroc, que es el primero, nació el año 1293 en la ciudad de este nombre entre Bruselas y Hall. De edad de 15 años, sabiendo apénas la gramática, abandonó el estudio de las letras humanas, para aplicarse de todo punto á la ciencia de los santos, de que Dios es el único maestro. Ordenóse de presbítero á los 24 años; y continuando siempre en darse al estudio de la sabiduría divina y de la via interior, meditaba mucho, hablaba poco, y huía del trato de los hombres, para no apartar de Dios la aplicacion continua de su entendimiento y de su corazon. Habia llegado á la edad de 60 años, y tenia ya compuestas algunas obras místicas, quando se retiró á una casa de canónigos reglares, situada en la selva de Vauvert, cerca de Bruselas. Allí profesó, y poco tiempo despues fué electo prior de aquella comunidad.

Luego que Rusbroc se sentia inspirado de la gracia, se metia en la selva, y se ponía á escribir quantos pensamientos enardecidos producía en su entendimiento el fervor de su oracion, y afectos inflamados en su corazon. Teniendo poco uso de la lengua latina, cuyo estudio habia abandonado en la juventud, escribió en su lengua natural, que era la flamenca; pero todas sus obras las traduxo en latin el cartuxo Surio. Estas son

en grande número, y comprehenden todas las máximas de la vida contemplativa. Su language es como el de los otros místicos lleno de fuego, y á veces de exágeracion. Emplea como ellos expresiones arrojadas, que no se deben tomar á la letra. Por eso Gerson, que todo lo reducía á la exáctitud que un teólogo de luces quiere que siempre se conserve en los escritos destinados para la instruccion de los otros, hallaba en los de Rusbroc muchas cosas que reprehender; pero habiendo despues cotejado los pasages que lo habian sobresaltado, con otros en que el autor se explica mas correctamente, convino en que el fondo de su doctrina era puro, aunque su modo de hablar no fuese siempre puntual y rigurosamente verdadero. Gerson concluye este exámen con una observacion muy juiciosa; y es, que arrastrados los contemplativos por lo regular del fervor de una imaginacion exáltada, que no les permite usar de mucha precision en lo que sale de su pluma, no se deberia permitirles publicar sus obras, sin que ántes las hubiesen reconocido teólogos hábiles.

Rusbroc en opinion de varon sobre quien Dios se dignaba de esparcir su luz, consultado por las personas mas recomendables sobre los medios de combatir los vicios y de adelantar en la virtud, murió el año 1381 con el crédito del mayor maestro en la vida espiritual, que en mucho tiempo se habia conocido. Surio su traductor, y Dionisio Cartusiano lo han colmado de elogios, y mirado sus obras como un manantial inagotable de luz y de uncion.

Rusbroc sacó muchos discípulos, de los cuales el mas célebre fué Juan Thaulero, dominico aleman, que nació el año 1294, y murió el de 1336. Era mas docto en teología que su maestro; pero se gloriaba de seguir sus huellas, y confesaba que estaba mas versado que él en la via interior. Thaulero ha dexado un crecido número de obras acerca de materias de espíritu, escritas todas en aleman, que ha traducido Surio en latin, y recogido en un mismo tomo. Estan, como las de Rusbroc, llenas de rasgos vivos, de afectos inflamados, y de expresiones fuertes, sobre todo quando emprende pintar los efectos de la union del alma con Dios por medio del amor santo; pero se halla en ellas mas

puntualidad y exactitud. Spondano, continuador de Baronio, dice que este autor era un hombre admirable, y que sus obras respiran la uncion del Espíritu Santo, y Bossuet lo tiene por uno de los que han escrito con mas correccion y solidez sobre la teología mística. Presentóse con lucimiento en la cátedra evangélica en Colonia y Strasburgo, en donde obraron sus sermones un crecido número de conversiones. Entre las obras que ha publicado se estiman principalmente sus instituciones, y se miran como un exquisito compendio de las máximas mas útiles, y de las reglas mas seguras que se pueden seguir para llegar á una alta perfeccion. Preténtese que Dios le habia revelado los males que habian de afligir á la Iglesia por los horriblos estragos que unos nuevos hereges iban á causar muy en breve, y se le atribuye un escrito corto, en que hace de ellos la pintura mas espantosa. Si anunciaba por este medio el furor de los sectarios que aparecieron en el siglo XV. y en el siguiente, se puede decir que el vaticinio se cumplió muy puntualmente (a).

(a) A pesar de la generalidad con que se habia extendido en esta época el contagio de las sutilezas escolásticas, hubo en España varios escritores eclesiásticos que se ocuparon en objetos mas sólidos y trabajaron obras estimables; de los cuales solo presentaremos algunos. Alvaro Pelagio ó Paez, natural de Galicia, (según algunos portugueses) del orden de san Francisco, siguió sus estudios con mucha opinion en Bolonia, en cuya universidad se graduó de doctor, y fué despues penitenciario del papa. El año de 1330 escribió una obra famosa, intitulada *De Placitu ecclesie*; en la qual tratando de la situacion lastimosa de la Iglesia, declama con mucha vehemencia y zelo contra los vicios de todos los estados, sin omitir la Curia romana, ni el sacro colegio: siendo de admirar que se atreviese á explicarse tan fuertemente á vista de los mismos curiales y cardenales, como observa Don Nicolas Antonio, que alaba el mérito de la obra con mucho deseo de que se imprimiese, y dice que el manuscrito paraba en el Vaticano. Fué asimismo Alvaro autor de los escritos siguientes: *Collyrium fidei contra hereses; Apologiam pro Joanne XXII. contra Guillelmum Ockam: speculum regum: in quatuor libris sententiarum summum theologia: sermo factus in presentia papa Joannis XXII. D. Nicol. Anton. bibliot. vet. tom. 2. pag. 149. últim. edic.*

Nicolas Eymeric, catalan, del orden de santo Domingo, fué otro de los escritores eclesiásticos españoles, fecundos y de gran doctrina. Dexamos á un lado la contienda que se suscitó entre franciscanos y dominicos con motivo de la delacion que hizo Eymeric de varias proposiciones de Lutio y de la bula de condenacion que en virtud de ella expidió Gregorio XI. Las obra de Eymeric prueban su sabiduria teologica y canónica, como hace ver este catálogo: *Directorium inquisitorium: de potestate pontificis contra hereticos*

ARTICULO XIII.

Costumbres, usos, disciplina.

Pendiendo el principio de un siglo nuevo de los últimos años del que le precede, es difícil advertir desde luego pasando de uno á otro las mudanzas que son efecto del tiempo. Sucesivamente y poco á poco es como se modifican las costumbres, y toman nuevo aspecto. Las sombras que los distinguen de una edad á otra en los tiempos inmediatos, no son tan perceptibles y tan señaladas, que se puedan determinar sus diferencias; pero al paso que se va entrando en una época nueva, se van haciendo mas fuertes, y tienen mayor expresion; y entónces es quando se pueden tomar y fixar con los rasgos que les son propios. El estudio de la historia nos enseña que en este espacioso quadro de los siglos no se diferencian regularmente los siglos unos de otros sino en el progreso de los abusos, de los vicios y de la corrupcion. Esta advertencia sola podria bastar; de suerte que para formar una idea harto justa de las costumbres que reynaron en el siglo XIV., no se necesitaria mas que traer á la memoria la pintura que hemos hecho de las

De duabus Christi naturis, & de tribus personis in Deo, adversus errorem Valentinorum Parochorum: De excellentia Christi & Beatæ Virginis Mariæ: Adversus alios hereticos S. Joannem evangelistam filium naturalem B. Mariæ Virginis asserentes: Vitam B. Fratris Dalmati: Super quatuor evangelia Commentaria: In Epistolas Pauli ad Galatas & ad Hebraeos: Concioniones plures: Logicam & Physicam: Contra advocatores & adoratores Demonum: Contra calumniantes præminentiam Christi & matris ejus. D. Nicolas Antonio, ibid. pag. 186.

El cardenal don Gil de Albornoz, hijo de la ilustre casa de Garcia Alvaro de Albornoz, natural de Cuenca, y arzobispo de Toledo; no solo compuso las Constituciones Egidianas y otras, sino que hizo un bien inestimable á las ciencias, particularmente á las Eclesiásticas, en la fundacion del Colegio mayor de san Clemente de los españoles de Bolonia, del qual salieron en todos tiempos hombres eminentes, como un don Antonio Agustin, un Juan Gines de Sepúlveda, &c. Este último rindió á su esclarecido fundador el debido homenaje, al mismo tiempo que perpetuó su propia gloria, escribiendo elegantemente en latin la vida de Don Gil, que se terminó el año de 1367. Vease allí á Gines de Sepúlveda, y á Don Nicolas Antonio en el lugar cit. pag. 168.

Juan Egidio, natural de Zamora, del orden de san Francisco, escribió una historia eclesiástica y civil, y una obra de casos de conciencia; habiendo sido autor de la vida de san Nicolas mártir, y de otros muchos tratados históricos, geográficos y de antigüedades, de que trata mas por extenso Don Nicolas Antonio en el lugar cit. pag. 108.